



**IMAGEN DEL ABORIGEN EN ERCILLA Y VIANA:
PANEGIRICO Y ELEGIA DE LA CONQUISTA**

OSVALDO RODRÍGUEZ PÉREZ

1. *Historia y ficción poética*

Con las diferencias del caso, puede decirse que la puerta de entrada a la historia de América y de Canarias, por la vía literaria, son dos poemas épicos sobre la conquista española: *La Araucana* (1569, 1578 y 1589), de Alonso de Ercilla¹ y la *Conquista de Tenerife* (1604), de Antonio de Viana². Ambos centran su atención en los pueblos de Arauco y de Canarias, para exaltar los valores de los nativos en el trance histórico de defender lo suyo y, con ello, su libertad. Desde esta perspectiva, los escritores coinciden también en la mágica tarea de transformar la historia en literatura.

En poesía, particularmente en esta poesía épica, construida sobre la realidad histórica, la narración no se adecua a los hechos tal y como son, sino como deben o deberían haber sido, según el precepto aristotélico. El poeta tiene licencia para fingir. Por tanto, tratándose de obras literarias, no deben sorprendernos que el contar se convierta en canto a los pueblos enfrentados a los españoles en la conquista. Arauco y Canarias trascienden así su propia realidad histórica y se instalan en el mundo imaginario de la poesía.

El punto de vista desde el cual se ficcionaliza la historia en los poemas de Viana y Ercilla es fundamental para comprender la imagen que ellos dan de los actores de la conquista: los españoles y los aborígenes. Esto quiere decir que toda correlación entre la *Conquista de Tenerife* y *La Araucana* debe considerar, en primer lugar, el contexto situacional en el que se inscribe la escritura épica. Esto permitiría definir la especificidad de cada texto en particular, más allá de los elementos comunes señalados por la crítica.

Es esto lo que nos proponemos en el presente trabajo, porque consideramos que la transformación de la historia en materia poética y la visión del mundo aborigen que de ella se desprende en la obra de Ercilla y de Viana, no pueden medirse con los mismos parámetros en uno y otro autor. El contexto de situación y las coordenadas estéticas son muy diferentes para *La Araucana* como para la *Conquista de Tenerife*, a pesar de la evidente presencia que, como modelo literario, tiene el poema de Ercilla en el de Viana.

2. TIEMPO DE LA ESCRITURA Y RECEPCION LITERARIA

Primero, algunas cuestiones externas relativas a las circunstancias de la escritura y a la virtual receptividad de los poemas de Viana y Ercilla. El poema épico de Arauco, notablemente más extenso que el de Tenerife (38 y 16 cantos, respectivamente), consta de tres Partes. Si consideramos que entre la Primera y la Tercera Parte de *La Araucana* media una distancia temporal de veinte años, podemos inferir que el tiempo de la escritura es mucho más extenso que el empleado por Viana en la construcción de su poema. No es arriesgado, por tanto, suponer que ese hecho permite al autor de *La Araucana* no sólo constatar, como Cervantes, el grado de receptividad de su obra, sino también adecuar su pluma a las expectativas de los lectores de su época.

No es éste el caso de Viana cuyo poema, publicado en 1604, constituye un solo cuerpo, escrito, probablemente, entre los años 1595 y 1599. Epoca en la que el autor de la *Conquista de Tenerife* apenas contaba con dieciocho o veinte años de edad. Dada esta circunstancia, el proyecto poético de Viana entraña más riesgos que el de Ercilla. Cuestión que hay que tener en cuenta cuando se trata de comparar las obras en cuestión. Ercilla, además de ser un poeta renacentista de la corte de Felipe II, tenía la formación y la experiencia de sus 36 años cuando en 1569 publica la Primera Parte de su poema.

Por eso, por la extremada juventud del escritor que se atreve con uno de los géneros literarios más prestigiosos de la época, el poema épico, no nos extraña la cautelosa receptividad de su obra. Prueba de ello es el soneto que Lope de Vega le dedica al autor de la *Conquista de Tenerife*. Más que comprometerse con la obra propiamente tal, reserva el juicio para el tiempo venidero del escritor:





Si en tiernos años, atrevido al Polo
miras del sol los rayos orientales,
en otra edad serás su Atlante solo.

Islas del Océano, de corales
ceñid su frente, en tanto que de Apolo
crece a las verdes hojas inmortales.

Para Viana no hay tiempo venidero como escritor pues esta obra literaria es la única que se le conoce. Quizá pagó tributo por su juventud frente a la castradora desconfianza de sus mayores. Lo cierto es que su obra, único poema épico de la conquista de Canarias, no tuvo, al parecer la receptividad de su modelo, *La Araucana*. Las expectativas de lectura eran, obviamente, otras. Viana escribe desde la colonia y la conquista, al parecer, estaba demasiado lejos para los lectores de 1604. Ercilla, en cambio, escribe sobre acontecimientos en curso y sabe del interés que existe en la Corte por los sucesos de la conquista en el Nuevo Mundo. La visión que éste da de los acontecimientos bélicos y del mundo aborígen, de una u otra manera, satisface dichas expectativas de lectura porque se presenta como una crónica.

3. FUENTES HISTORICAS E HISTORICIDAD POETICA

Viana tuvo que acudir a fuentes indirectas para construir su poema, tomando la obra de Ercilla como paradigma literario. La fuente explícita declarada por el escritor canario es la obra de fr. Alonso de Espinosa, publicada en Sevilla, el año 1594: *Del origen y milagros de N.S. de Candelaria, que apareció en la isla de Tenerife, con la descripción de esta Isla*. Largo título que evoca el nombre original del poema de Viana: *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, Conquista de Tenerife y parecimiento de la ymagen de Candelaria*.

Es pertinente recordar que el tratado de Espinosa es, a la vez, fuente y contratexto del de Viana. El poeta tinerfeño programa su escritura como detractación frente a las «injurias que a mi patria hizo el extranjero» (ver prólogo al «Discreto y Piadoso Lector»). Las razones de esta impugnación son muy particulares y están relacionadas con el supuesto agravio de Espinosa al linaje de Juan Guerra de Ayala, Señor del Mayorazgo de Guerra, mecenas del escritor.

Viana, preocupado por aclarar el linaje de su protector, haciéndolo descender en línea directa del conquistador Esteban Guerra, no vacila en suspender el curso del relato épico para descalificar el tratado de Espinosa: «y si en el libro de la Candelaria/ afirma fray Alonso de Espinosa/sobre esta sucesión algo en contrario/ en ello se engañó, como se engaña,/ por descuido o cuidado, en otras cosas» (C. XV). Lo paradójico está en que el mismo tratado de Espinosa es citado como fuente fidedigna de información cuando se trata de otros temas. Sólo unas estrofas anteriores a la impugnación antes citada, el poeta dice lo siguiente, refiriéndose a la aparición de la Candelaria en Tenerife:

el cual milagro comprobado ha sido
con muchos testimonios fidedignos;
y el padre fray Alonso de Espinosa
en libro que escribió de los milagros
de aquesta imagen, con verdad lo afirma.

El poema de Espinosa es, probablemente, la fuente más directa del poeta de Tenerife. Es obvio que Ercilla no tuvo las limitaciones de Viana para acceder a modelos épicos mediatos (Homero, Virgilio y Lucano) e inmediatos. Particularmente italianos, como Ariosto y Tasso. Hombre de letras y de armas, Ercilla presenta una escritura autobiográfica y testimonial, cuya fuente histórica son los acontecimientos en curso.

A diferencia de Ercilla la perspectiva de la escritura épica de Viana es canaria y está hecha desde la periferia de la Corte. Esto último limita en mucho el acceso a las fuentes modélicas, pese a que el poeta tuvo estrecho contacto con las escuelas poéticas sevillanas, lugar donde se graduó de médico cirujano. Aunque Cioranescu ve en el poema de Viana huellas de Virgilio y Tasso, lo cierto es que el modelo literario más inmediato usado por el autor de la *Conquista de Tenerife* es *La Araucana*.

Siguiendo este modelo épico, el escritor tinerfeño presenta su obra también como un poema histórico, lo que no es sino una fórmula retórica en el caso de Viana. En cuanto a versificación la crítica ha señalado dos modelos: la *Eneida*, traducida por Gregorio Fernández de Velasco (1556) y *Templo Militante* (1602) del poeta, también canario, Bartolomé Cairasco. Como modelo lírico cabe destacar, por último, la presencia de la bucólica garcilasiana en los idílicos pasajes amatorios del poema.





4. LA ARAUCANA Y LA CONQUISTA DE TENERIFE

Sobre las relaciones entre ambos poemas, cabe destacar los estudios de María Rosa Alonso³ y de Alejandro Cioranescu⁴. En primer lugar es pertinente señalar que la transformación de la historia en ficción literaria es llevada a su extremo límite con la idealización del mundo guanche en el poema de Tenerife. De todas maneras, tanto para Viana como para Ercilla los españoles constituyen la materia histórica y los indígenas la poemática. Distinción que Cioranescu hace para la *Conquista de Tenerife*, al señalar dos bloques composicionales bien diferenciados: el de los conquistadores y el de los guanches.

De tal manera esto es así, señala Cioranescu en la «Introducción» a la obra de Viana, que cuando el poeta trata de favorecer el encuentro de los dos mundos (histórico e imaginario) nosotros, los lectores, se lo impedimos. Por eso, cuando Dácil, la princesa guanche, encuentra al capitán Gonzalo del Castillo que proviene de la realidad, nosotros vaciamos a Castillo de su contenido real y lo imaginamos como representación simbólica de la pasión que conduce sus pasos.

Aunque sin una contrastación exhaustiva, la crítica también ha señalado los elementos comunes y los episodios de *La Araucana* probablemente recreados por Viana en la composición de su poema. Ambas obras poseen un paralelismo argumental: la conquista de los españoles enfrentados a los aborígenes en la gran aventura colonial. También los poemas coincidirían en su carácter fundacional; puesto que ambos están destinados a cantar la fusión de dos razas, tras el choque sangriento que hace brotar nueva vida.

Las relaciones más directas entre ambos poemas estarían en las rivalidades y riñas de los caciques araucanos, reproducidas por Viana a través de Bencomo y los demás menceyes. También se corresponderían figuras tales como la del agorero araucano Puchicalco y la del guanche Guañameque. Sobre todo, porque los episodios en los que aparecen tienen idéntica estructuración. Es posible también correlacionar el extemporáneo episodio de la historia de Dido, en *La Araucana*, con la aparición de la Virgen en el poema de Viana.

Junto a estos elementos comunes entre el poema de Arauco y el de Tenerife, cabe también destacar sus diferencias. Es un hecho que el artificioso convencionalismo con que Viana presenta su idealizada visión del mundo guanche, trasgrede el verosímil épico de su modelo, aunque en éste no faltan idilios ni citas virgilianas. Al fin y al cabo, el hombre renacentista no deja de vincular el mundo primitivo



con la utopía de la Edad Dorada. De todas manera, en el poema de Viana la cortesía y la caballerosidad de la que hacen gala los guanches iguala y, en ocasiones, excede a la de los españoles. Tiene razón Cioranescu, cuando señala que los guanches son héroes de epopeya más que personajes de poema épico: vencedores y vencidos coinciden en rango y dignidad. Hay que considerar que a diferencia de Ercilla, en la época de Viana la conquista había dejado de ser invasión para transformarse en torneo caballeresco.

5. EXORDIO EPICO Y «RES» AMATORIA

Hay un aspecto no estudiado en relación a los poemas de Viana y Ercilla. Se trata del exordio que precede a ambas composiciones. C. Goic estudia el de *La Araucana*⁵, trabajo que bien podemos aplicar a la *Conquista de Tenerife*. En primer lugar hay que señalar que el orden tradicional del exordio épico está constituido por la invocatio, la propositio y la narratio: invocación a las Musas para vencer las dificultades del tema y las limitaciones humanas, presentación del asunto que se va a tratar y, finalmente, la narración en un orden determinado.

Viana, como su modelo, sigue el paradigma renacentista que proviene de la épica latina y está representada por Virgilio y Lucano. Ambos, el poeta de Tenerife como el de Arauco, anteceden la «propositio» a la «invocatio» para poner de relieve el asunto. Notable es el caso del autor de la *Conquista de Tenerife* quien, en primer lugar, destaca el interés patrio de su canto épico:

Canto el origen del Canario nombre
y el renombre de bien afortunadas
de las siete estimadas islas bellas;
publico dellas y de sus varones
grandeza, invenciones y costumbres,
amores, pesadumbres y discordias.

Aunque el poeta también se propone cantar la victoria de los «hispanos pechos», lo cierto es que en la proposición del asunto subyace una innegable perspectiva insular. El punto de vista del poeta de tenerife no es el mismo que el del soldado español en la conquista



de Arauco. La «propositio» del poema de Viana destaca el deseo del escritor por dar noticia de su tierra desde la periferia en que vive.

La «invocatio» también está hecha desde una perspectiva insular. Viana, a diferencia de Ercilla, no renuncia a las Musas, pero sí invoca a una musa muy de su tierra: la virgen de Candelaria. Lo que Ercilla pierde en omnisciencia para ganar en verosimilitud, al no invocar a las Musas, lo gana Viana en inspiración imaginativa. La virgen de Candelaria —patrona de la Isla— es la que preside el canto canario de Viana:

Vos, de quien son amadas y queridas
las islas escogidas de Canaria,
patrona Candelaria, dadme lumbre.

También es del ámbito local el destinatario de la dedicatoria: Juan Guerra. Con las súplicas y fórmulas propias del tópico de la falsa modestia, el poeta pide a su mecenas: «dad audiencia/ con clemencia a mi humilde canto llano. Luego, y a diferencia de la descripción marcadamente épica y realista que Ercilla hace de Arauco, el tinerfeño pasa a describir el Archipiélago desde una perspectiva notablemente idealizadora. Mezcla en su descripción el paisaje local con el convencionalismo bucólico, exalta los valores de una sociedad primitiva pero bien estructurada, alaba las virtudes naturales de sus habitantes.

La perspectiva sobre el teatro de los acontecimientos de la conquista tampoco es, obviamente, la de Ercilla. Este describe un mundo que le maravilla pero del cual es, en definitiva, ajeno. El punto de vista de Viana es muy otro. Cuenta los hechos de la conquista, pero canta desde su propio ámbito para exaltarlos. No obstante, la escritura de Viana tiene un doble registro: unas veces se sitúa en la arcádica inocencia para mirar el mundo guanche y otras, cuando se trata de la historia objetiva, pierde su inocencia para juzgar los hechos de la conquista. Luego de referirse a las disensiones entre las tribus guanches, desde su particular punto de vista, asegura que la conquista no hubiera sido tan fácil para los españoles si los hubiesen encontrado unidos. Crítica al individualismo de los insulares, pero también afirmación de sus valores épicos:

Si un solo capitán los gobernase,
siendo (como eran) todos tan valientes,
fuera muy más difícil la conquista.



Planteada la «propositio» en el canto inicial, Viana comienza la mayoría de los sucesivos cantos de su poema con la «invocatio». Es dominante la invocación a la virgen de Candelaria a quien el poeta, en arrebatos más líricos que épicos, llama en ocasiones «Musa mía» (C. III). Sólo otra Musa, la del Amor, está a la altura de la Candelaria y en ésto hay una diferencia esencial con el poema de Ercilla.

El poeta de *La Araucana* excluye en la «propositio» cualquier otro asunto que no sea el tema épico. Como conquistador, le interesa exaltar «el valor, los hechos, las proezas/ de aquellos españoles esforzados». El amor no le interesa porque no resulta airoso para un escritor épico. Cuando el poeta se aleja de la «res épica» para dar curso a la materia amorosa, se muestra turbado y confuso. Luego de una tierna y bastante convencional escena de amor entre Lautaro y Guacolda, el poeta dice:

«Pero ya la turbada pluma mía,/ que en las cosas de amor
nueva se halla,/ confusa, tarda y con temor se mueve/ y a pasar
adelante no se atreve.» (C. XIII)

En otras ocasiones, el poeta se siente cogido por el compromiso de la «propositio» e intenta justificar el excursio amoroso por la rudeza del canto épico:

La palabra que di, bien escusada,
de acabar este libro comenzado;
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete al fin trabajo sumo
y es malo de sacar de un terrón zumo.
(C. XX)

La tensión entre la res épica y amorosa es evidente en Ercilla. Las protestas del poeta contra el dios del Amor —que interfiere su canto épico—, son reiteradas. La interrogante retórica del escritor cortesano, que no quiere apartarse de los hechos de Marte, muestra la tensión antes dicha:

«¿Tanto, traidor te va en que yo no siga/ el duro estilo del
sangriento Marte,/ que así de tal manera me fatiga/ tu importu-
na memoria en cada parte?» (C. XXII)



Viana, en cambio, invoca al Amor (C. IV y V) y rechaza el auxilio de Marte. El inicio del Canto VIII es paradigmático: «No pido a Marte desleal, ingrato,/ auxilio, que en su trato no hay clemencia.» En el siguiente pasaje, muy similar al de Ercilla recién citado, el poeta de Tenerife, tras la retórica protesta inicial contra el Amor, lo invoca y le dedica su canto:

«Ciego rapaz, Amor, tirano ingrato.../ Mas ¿cómo así le trato, si le invoco/ y sus grandezas toco? Vuelvo y digo:/ gigante Dios, amigo pío, afable,/ a tu deidad loable le dirijo/ mi humilde voz.»

Para Viana no hay tensión entre la materia épica y la res amatoria. Si la hay, es un grado mínimo y siempre excusable. La guerra es un canto lastimoso que hay que apurar como un trago amargo. Por eso, el poeta pide a su Musa que abrevie el canto épico antes que éste se transforme en lírica elegía desde la perspectiva del escritor insular:

Pero si cantas, no lamentes Musa;
del mal lo menos basta que se cuente;
abrevia ya tu canto lastimoso,
que cuanto más dilatas su discurso,
más enterneces mi sentido llanto.
(C. VIII)

6. LA APOLOGIA HEROICA DE ERCILLA Y EL CANTO ELEGÍACO DE VIANA

Es evidente que Viana coge de la historia lo que interesa a su propósito literario: exaltar en la ficción lo que la realidad niega a los vencidos. La historia es innegable y ahí está el triunfo —sinónimo de gloria—, de «aquellos españoles esforzados». Pero, ninguno de los españoles alcanza la altura literaria de los guanches. ¿Qué conquistador, p. e., alcanza la trágica altura de Bencomo cuando entrega su patria al cautiverio extranjero?:

Mas ¡ay!, querida patria, que he de veros
sin libertad sujeta y gobernada,
con otras leyes y con otros fueros
o, por mejor decir, tiranizada.
(C. XV)



La obra de Viana, a diferencia de la de Ercilla, no es un poema épico *de* la conquista sino *sobre* la conquista y compuesto desde la colonia. Hay que tener esto en cuenta ésto porque la historia es contada desde la perspectiva de los vencidos. Desde este punto de vista el poema épico de Viana es una elegía, mientras que el poema épico de Ercilla es un panegírico de la guerra, realizado desde la perspectiva del conquistador. No hay que olvidar que la exaltación bélica del enemigo, en el caso de *La Araucana*, contribuye a exaltar más aún a quien los vence: a los conquistadores.

Aunque la peripecia amorosa es de un convencionalismo inusitado en el poema épico de Viana, es pertinente distinguir lo que corresponde a la idealización compensatoria del mundo guanche y lo que concierne al canto elegíaco. En el nivel superficial de la peripecia amorosa sólo hay historias de amor feliz: la princesa Dácil y el capitán Castillo se enamoran y se casan. También llegan a feliz término los amores ente Rosalba y Guetón, así como el de Guacimara y Ruimán. Pero el amor en el poema de Viana admite una segunda lectura, vinculada ésta a la trama épica. En este punto el poeta de Tenerife introduce un personaje femenino que dará la talla de la mujer guanche. Se trata de Guajara, la que lucha por el amor de Tinguaro cuando el Rey Bencomo le ofrece a éste su hija Dácil, como recompensa por el triunfo sobre los españoles. Guajara finalmente lo hace su esposo, pero éste es muerto por los conquistadores.

La morosidad con la que el poeta describe el ensañamiento de los españoles sobre el cuerpo del Caudillo guanche es significativa. Luego de golpearlo y arrastrarlo hasta convertir su cuerpo en una masa informe, le cortan la cabeza y se la llevan al rey Bencomo en señal de escarmiento. Como Tegualda, la esposa del araucan Tucapel, Guajara también llora la pérdida de su hombre y reclama la muerte para sí. Pero este plauto individual tiene una significación más amplia en el poema de Viana: la pérdida del amado es la pérdida de la patria. Por eso la autoinculpación de la mujer guanche frente a los despojos del caudillo:

— «Es ésta la cabeza que regía
aqueste cuerpo en todo desdichado?
¿Es ésta quien la patria defendía
y a quien fue un tiempo el bien de mi cuidado?
No es ella, no, que no es quien ser solía,
ni Guajara soy yo, pues me ha faltado
el ser, valor y amparo del esposo
a quien fue adverso el hado de envidioso.»
(C. XIII)

La conquista se ha consumado: la res épica y amatoria se funden en la unidad de un solo canto elegíaco. Con la idealización del mundo guanche la literatura ha cumplido su esencial papel compensatorio frente a la realidad degradada. La historia se interioriza al transformarse en ficción y desde esa interioridad el poema épico deviene en elegía. Estamos muy lejos, por tanto, del panegírico de la conquista hecho por Ercilla en *La Araucana*. De otra manera, cómo es posible comprender las cualificaciones bélicas que incluso tienen los personajes femeninos en el poema de Arauco. Es el caso, p. e., de Fresia, la mujer del cacique araucano Caupolicán quien, al ver prisionero a su hombre, le arroja su hijo a los pies:

«Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
con que el lícito amor me había ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado.
Cría, críale tú que ese membrudo
cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre.»
(C. XXII)





NOTAS

1. Alonso de Ercilla: *La Araucana*, edición de Marcos A. Morínigo e Isaias Lerner, Madrid, Castalia, 1979.
2. Antonio de Viana: *Conquista de Tenerife*, edición de Alejandro Cioranescu, Santa Cruz de Tenerife, Interinsular Canaria, 1986.
3. *Op. cit.*, págs. 9-34.
4. María Rosa Alonso: *El Poema de Viana*, Madrid, C.S.I.C., 1952.
5. Cedomil Goic: *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana*, T. I., Barcelona, Castalia, 1988, págs. 226 a 240.